

Introducción

Sé que no soy el único. Estoy convencido de que hay toda una legión de lectores que, ya sea por pura afición o por simple curiosidad, están deseando leer historias que se inserten en su subconsciente de manera radical. O, al menos, que les proporcionen uno o dos escalofríos durante la lectura. Por favor, decidme que estáis ahí.

A menudo me han preguntado qué es lo que encuentro en el terror para que sea mi género predilecto. Seguro que habrá tantas respuestas como lectores, pero voy a intentar dar la mía. El terror, ya venga en forma de película, novela, relato, cómic o cualquier otra forma de representación artística, es una búsqueda. En concreto, es la búsqueda de lo desconocido, de algo que nos asiente en nuestra realidad cotidiana pero al mismo tiempo nos proporcione señales de que hay algo más puro de lo que vemos con nuestros ojos. Es una búsqueda que, si lo pensamos bien, no deberíamos realizar ya que proviene del instinto más primario que podemos imaginar: el miedo.

Desde tiempos inmemoriales, el hombre se ha sentido seguro en la luz. El amanecer, la claridad del día, las horas de luz, nos confortan, nos ofrecen una sensación de protección que se esfuma en cuanto el sol se esconde en el horizonte. Siempre hemos tenido miedo a la oscuridad. Y lo seguimos teniendo. Pero también sentimos su llamada.

La evolución y desarrollo del ser humano parece ir encaminada a combatir ese miedo, a iluminar cada rincón del mundo y limitar las sombras al mínimo. Pero ¿no estamos cometiendo un grave error? ¿No deberíamos *naturalizar* ese miedo y abrazarlo como algo propio, como algo que nos define de la misma manera que muchas otras emociones? ¿No será la ausencia de luz una parte de nosotros tan importante como las demás? Yo creo que sí.

Esta antología nace como una reivindicación del miedo, como un exorcismo con el que aceptar esa oscuridad, como un ejercicio de *justicia tenebrosa*. Porque el miedo está compuesto de terror. Y de error.

Este primer volumen de *T.ERRORES*, dedicado al terror en cualquiera de sus manifestaciones, llevará al lector a afrontar el miedo desde miradas infantiles y ancianas, desde ángulos *noir*, desde reivindicaciones del folclore y la fantasía, desde revisitaciones de monstruos clásicos, desde la descripción de mentes perturbadas e intrusiones de lo sobrenatural, desde el poder transformador del arte hasta lo más aterrador de todo: la crueldad humana.

Espero que la presente colección de cuentos lance un rayo de sombras que aporte la cantidad suficiente de oscuridad en vuestros dispositivos electrónicos.

Escribo esto en mitad de una pandemia (no es broma, consultad las fechas). Días complicados en los que los autores seleccionados en esta antología (así como todos los que participaron en la convocatoria), me han proporcionado, con sus *T.ERRORES*, una ráfaga de auténtica y pura luz. Mi infinito agradecimiento a todos y cada uno de ellos. El trato ha sido excepcional, y creo haber ganado unos cuantos amigos en esta experiencia. Quiero agradecer especialmente a María José Ceruti por ceder su extraordinario relato *En el filo de los diecisiete*, y permitirme con ello saldar una cuenta pendiente. Dejo para el final a Amparo Montejano, cuya amabilidad y cercanía en estos tiempos difíciles dejan clara la pasta de la que está hecha. Su prólogo, que podéis leer a continuación, es oro puro. Muchísimas gracias y muchos besos, Amparo.

Ahora sí. Disfrutad del miedo.

José Luis Pascual. Abril 2020.

I. TERROR

Motuo

L. M. Mateo

Álex se despierta asustado. Su corazón late con fuerza, igual que cuando toca el tambor en la guardería. Le cuesta respirar, aunque no está resfriado. Ha soñado con los ojos amarillos.

La habitación está muy oscura y no ve nada, pero sabe que están ahí. Se acurruca junto al cuerpo de mamá y su respiración acompasada lo calma un poco.

Distingue sus bultos oscuros en los rincones, masas informes que reptan en su dirección, despacio, sin prisa. Aún falta mucho hasta el alba. El perro, acurrucado a sus pies, gruñe sin ganas. El pequeño cierra los ojos y hunde el rostro en el pecho de su madre. Inhala el olor que lo protege y ella lo abraza medio dormida.

Álex no entiende por qué, pero los deformes no pueden atraparlo si está con mamá o no los mira. Por la mañana, con la luz, desaparecen. Dejan de existir, como la abuela, de la que ya solo recuerda su perfume y el sonido de sus pulseras en las muñecas. Ahora se sabe a salvo y vuelve a dormirse.

Álex no sabe pronunciar bien muchas palabras. Sus cuerdas vocales se niegan a expresar más ideas, aunque su cerebro es capaz de escribir libros como los que lee mamá antes de acostarse; y sus manos, aún torpes, son incapaces de dibujar los colores y las formas que él desea. Esos límites lo molestan y se enfada. Por su culpa no puede explicarle a mamá que los deformes son reales y lo acompañan desde que recuerda. Se pregunta si tardará mucho en crecer.

Sus padres dejaban siempre una lamparita encendida mientras él dormía en la cuna. Cuando despertaba, distinguía unas manchas oscuras que se movían junto a él. Sus ojos no se habían adaptado aún y pensaba que eran visitas.

Pero un día su mundo dejó de ser borroso. Se despertó a medianoche con hambre y descubrió a aquellos seres mirándolo con sus enormes cuencas vacías, más oscuras que el útero de mamá, y sus garras esqueléticas preparadas para el ataque. Se relamían los dientes largos por los que chorreaba un líquido viscoso. No reaccionó hasta que una de aquellas garras le rozó la pierna. Gritó y se encogió en el lado iluminado por la lamparita. Los deformes no se acercaron más a él, aunque chillaron enfadados. Así descubrió que la luz los asustaba.

Su madre se reía de él: «Míralo, tanto espacio y siempre en el mismo rincón», porque ahora dormía pegado a los barrotes de la cuna más cercanos a la lamparita. Los adultos nunca saben nada. Una noche lo acostó y olvidó encender la luz. Álex se despertó y los deformes llegaron a sentarse sobre su pecho. Lloró y gritó mucho mientras las sombras clavaban las garras en su piel. Al final, cerró los ojos. Los deformes y sus uñas sucias se apartaron de inmediato, aunque los oía moverse alrededor, enfadados, siseando con violencia. Desde aquel día, se negó a dormir en la cuna.

El baño es oscuro y no tiene ventanas. Solo llega un poco de luz indirecta desde las habitaciones. Mamá no lo sabe tampoco, pero el jefe de los deformes vive allí dentro. Lo percibe a diario por el rabillo del ojo, cuando pasa corriendo por delante de la puertanegrura. Aunque nunca lo mira directamente, sabe que es más grande que los otros y tiene

unos ojos amarillos, grandes, sin párpados, y unas garras raquílicas que se estiran mucho y llegan desde la bañera a la puerta de salida. Si hay luz, se oculta en la rejilla del respiradero para que no lo descubran, pero él lo distingue con claridad desde el orinal. Como da tanto miedo, Álex no le ha preguntado nunca su nombre, así que lo llama «Motuo».

La casa nueva, luminosa durante el día, por las noches da mucho miedo. Ni el perro se baja de la cama una vez oscurece. La habitación está llena de deformes; tantos, que se amontonan unos sobre otros. Mamá lo acompaña siempre al baño porque sabe que tiene miedo y, además, la clavija de la luz está demasiado alta para él. Durante el día, tiene un taburete junto a la puerta en el único resquicio iluminado que hay, y se atreve a ir solo y subirse en él para encender la luz, siempre y cuando mamá lo observe desde el final del pasillo. Aun así, tiene miedo. Motuo crece más y más todos los días, como si la presencia de Álex lo alimentase. El pequeño se pregunta cómo consigue meterse en la rejilla del baño si cada vez está más gordo.

A veces, Álex se hace pipí en el pañal porque mami ronca y no quiere despertarla, o porque tiene tanto miedo —a Motuo le gusta salir del baño y sentarse al borde de la cama para observarlo y sonreír con sus dientes húmedos mientras acaricia el pelo de mamá— que no se atreve a abrir los ojos. Otros días, mamá se olvida de ponerle el pañal. Esas noches, la escena se repite. Se acurruca entre sus brazos y la llama entre susurros con los ojos cerrados para no ver a los deformes:

—Mamá, pipí.

—¿No puedes aguantarte, cariño?

—Pipí —repite con más seguridad y los ojos ya abiertos.

Su madre enciende la luz de la mesita y el perro se pone en posición de ataque. Álex ve el reflejo de los ojos oscuros encima del armario.

—Mamá, brazos.

Ella se ríe con fastidio porque el niño pesa. Él refugia la nariz en el hueco de su cuello. Recorren el pasillo con el tenue destello de la lamparita. En las esquinas y las paredes aparecen sombras que lo llaman entre susurros. Ya en el baño, se agarra a su madre con fuerza.

—¿Tienes miedo, cariño? —pregunta siempre ella con voz cansada y encendiendo la luz.

Mientras los dos hacen pis, Álex vigila la rejilla de ventilación. Distingue unos ojos amarillos allí dentro, oye la respiración entrecortada, una uña amarillenta y afilada asoma.

—Mamá. —Señala la parrilla blanca—. Motuo.

Ella mira adormilada el hueco, donde ya no hay garras, y sonríe.

—No hay nada, cielo. —Mientras coge el papel de váter, parece cambiar de idea—. Bueno, sí. Igual alguna cucaracha. Pero monstruos, no.

Álex piensa que mamá necesita gafas. Es imposible que no distinga los ojos de Motuo allí dentro, grandes y amarillos, que los espía sin pudor.